

H. Claude Joseph

La vivienda araucana

(Continuación)

Artefactos de madera

Los araucanos escogen las mejores maderas para fabricar sus muebles. El raulí (*Nothofagus procera*), el pellín (*Nothofagus obliqua*), el laurel (*Laurelia aromática*), el lingue (*Persea lingue*) son preferidos a otras especies a no ser que éstas presenten especiales propiedades para la confección de tal o cual objeto. Así sucede con la luma (*Myrtus luma*) notable por su dureza y empleada por esta razón para mangos de herramientas, para palas destinadas a cavar el suelo y para bolas de chueca; lo mismo acontece con el colihue (*Chusquea cummingii*) arbusto largo, derecho, flexible y resistente, empleado con tanta frecuencia. Los artesanos o curiosos derriban los troncos con hacha de metal y los elaboran inmediatamente. Hacen un uso muy restringido de la sierra, instrumento demasiado moderno para ellos. Con hachazos esbozan la forma de los muebles en los troncos y los obtienen de una sola pieza, macizos y con la superficie marcada de golpes. Pocas veces se sirven de clavos para unir las partes de un aparato. A pesar de su aspecto primitivo y rústico, los artefactos de madera no carecen de mérito artístico. Los hay de formas originales que exteriorizan claramente el pensamiento del constructor.

Los muebles y objetos de los araucanos diferentes de los nuestros, corresponden a las necesidades de su vida espartana. Entre ellos no figuran las mesas, los armarios y los comodines, muebles considerados indispensables en las casas más modestas, pero sí otros de poca apariencia, cuyo inventario me ha dado unas cuarenta especies, aplicados a usos distintos. Los más sencillos son fabricados por cualquiera persona, mientras

los complicados son de la competencia de los curiosos conocedores de las técnicas especiales. Los primeros forman un grupo de artefactos trabajados con el hacha exteriormente u obtenidos con varillas libres y atadas en su aspecto natural; los otros, aunque de una sola pieza, son perforados o excavados con herramientas apropiadas llamadas maichiwe y coipu.

Uno de los muebles que más admiración causa a los turistas admitidos en la ruca es la cama, verdadero lecho de penitente, denominado cahuitu por los mapuches. El *cahuitu* consta de cuatro postes ahorciguillados que sostienen dos palos paralelos y horizontales a unos cincuenta centímetros encima del suelo. Esta armazón rústica hace las veces de catre. Algunas varillas o tablas atravesadas sobre los palos horizontales constituyen el *sommier*. Los antiguos gastaban menos lujo todavía. Extendían en el suelo un pellejo o una estera de paja y colocaban una piedra o un tronco de madera debajo de su cabeza. Esta práctica subsiste en las rucas donde la familia es numerosa y las camas pocas. Los catres artísticos de patas cuadrangulares o cilindro cónicas con algunas molduras son denominados *ancoilcahuitu*. Las tablas atravesadas suelen ir cubiertas con el *tripin*. Esta estera de paja arrollada en cilindro sirve de almohada y reemplaza al *metrel mamell*. El *metrel* es la almohada, cualquiera que sea la materia usada en su confección. A falta de *tripin* los indígenas extienden un pellejo, un pontro o un lama sobre el *cahuitu* y conservan el *metrel mamell* para apoyar su cabeza. Acostados cubren su cuerpo con el pontro, amplio y grueso tejido de lana adornado con fajas longitudinales multicolores. El *tripin*, el pontro y el pellejo reciben el nombre de *nectantu* o ropa de cama.

En este lecho duro y de aspecto miserable, el araucano descansa por la noche de sus largas correrías, se sienta de día para conversar y tomar sus comidas, se tiende resignado cuando enferma y en él muere, si no expira en el suelo, sin pensar y sin saber lo que es recostarse muellemente.

El *metrel*, que sirve de almohada, es un tronco cilíndrico o ligeramente cuadrangular de cuarenta a sesenta centímetros de largo con un diámetro de diez a veinte.

El *cupelhue*, cuna vertical para los niños, se compone de una armazón rígida de madera y de una envoltura flexible de tejido. La armazón consta de los largueros paralelos aplicados de canto sobre tabletas transversales que forman respaldo. Cada tableta tiene las extremidades perforadas frente a dos aberturitas correspondientes en los largueros y se halla fuertemente amarrada a éstos con pequeñas correas o tiras de lana. La extremidad inferior de los largueros está cortada de bisel para implantar el *cupelhue* en el suelo con facilidad y la superior unida por un cordel resistente para colgarlo. La parte flexible se compone de una faja de tejido dispuesta en forma de U con el borde posterior fuertemente amarrado entre las tablas transversales y cada larguero: la curva originada por la faja en la región inferior, es aprovechada para afirmar los pies de la

guagua. El borde libre y flotante lleva aberturas por las cuales pasa una trenza alternativamente a uno y otro lado, lo que permite cerrar adelante la parte flexible del cupelhue.

El largo habitual de esta cuna es de sesenta a noventa centímetros por un ancho de veinte a treinta. Algunos ejemplares presentan los más raros decorados con dibujos de cabezas humanas o animales.

En la mayoría de las rucas donde tienen hijos pequeños los indígenas usan el cupelhue. Desde algunos años han dejado la costumbre de traerlos a la ciudad en sus espaldas. Es preciso ir a las reducciones para ver a las mapuches andar presurosas con la faja aplicada contra la frente o en el pecho, la cabeza inclinada llevando su preciosa carga. La guagua envuelta en algunos pañales se halla de pie fajada y resguardada hasta la altura del cuello, mirando el camino andado. Para protegerla contra las asperezas del respaldo, la madre forra éste con un pellejo de oveja. La defiende contra la lluvia y los rayos del sol con una cortina tendida encima de la cabeza y sujeta de un arco.

Llegada al campo la madre planta el cupelhue en el suelo cerca de donde trabaja y el niño la sigue con la vista cómodamente, o bien lo suspende a un poste o de la rama de un arbusto desde donde el pequeñuelo domina el horizonte, mecido suavemente por la brisa. De regreso a casa lo toma en sus rodillas y lo alimenta sin sacarle de la cuna.

El uso del cupelhue parece tener una influencia benéfica sobre el desarrollo físico de los indígenas. La posición vertical prolongada durante los primeros meses de la existencia, en este amplio molde rígido en la espalda y flexible en la parte delantera, mantiene el cuerpo derecho, le permite ensancharse libremente y le da este aspecto bien proporcionado y robusto que les ha merecido figurar entre los tipos humanos mejor constituidos,

El *quil quil* o *quim quim*, aparato ingenioso y sencillo para enseñar a andar a los niños, se compone de dos varas paralelas de colihue sostenidas por cuatro estacas de la misma planta. Sea en la ruca, sea afuera cuando hace buen tiempo, se plantan en el suelo plano dos estacas de medio metro de alto y distantes unos treinta centímetros en frente, y a tres o cuatro metros de distancia, se plantan otras dos de la misma altura. A éstos se amarran en posición horizontal y paralela dos tallos de colihue de longitud suficiente y cuidadosamente deshojados de modo que su altura permita a la guagua sujetarse cómodamente con las manos. Cada extremidad del largo cuadrilátero se cierra con una varilla de cuarenta centímetros de largo. La madre introduce a su pequeñuelo entre las paralelas y se aleja delante de él a la extremidad opuesta. El niño se sostiene de pie afirmando las manos sobre las barras y se lanza luego a caminar tímido, pero sin los largos y habituales tropiezos de los primeros pasos. Llegado ya cerca de su madre, ella lo acaricia y se aleja otra vez al otro extremo del aparato. El niño da media vuelta, cambia sus manos de barra y emprende el regreso al punto de partida. En pocas semanas de este

diario ejercicio el niño fortalece al mismo tiempo sus piernas al andar y sus brazos al apoyarse. Luego, para él como para la madre, las idas y vueltas a lo largo del quil quil se vuelven un juego entretenido. Alegremente los hermanitos mayores reemplazan en esta tarea a la madre ocupada.

El colihue (*Chusquea cumingii*) es una de las plantas más usadas por los araucanos. Por su tallo largo, derecho, cilíndrico y liso, liviano y resistente, rígido y elástico, se presta a un empleo inmediato mejor que las otras especies en la confección de aparatos sencillos. Con los nombres de reñi, fen y waiki sirven como lanzas los más hermosos tallos de cuatro a cinco metros de largo. Se les agrega una punta de fierro o de piedra para hacerlos más penetrantes. Los mocetones se ejercitaron en el manejo de estas temibles armas para los adversarios en las guerras de la conquista y en las batallas de la pacificación. El reñi puntiagudo es también un instrumento de pesca. Inmóvil en la orilla de un río, sentado sobre un puente, o de pie en la proa de un bote, el mapuche, con el reñi levantado, observa el movimiento de los grandes peces en el seno del agua transparente y clava la punta en el cuerpo, con la rapidez de una flecha, al ejemplar que más queda a su alcance. Con facilidad extrae el pez atravesado o herido por medio del mismo aparato. Los modernos reñis, que llevan en una extremidad un tridente de fierro armado de ganchos, hacen la pesca más segura. Los peces quedan siempre lastimados e impropios para la venta, salvo entre indígenas, al tanto del modo de pescar.

El *reñifeu* es una varilla de colihue usada por las tejedoras para cortar el *catrecansfen*, hebras de lana hilada destinada a los *chañuntuco*, tejidos conocidos entre los chilenos con el nombre de choapinos. El *reñifeu*, largo de medio metro, tiene una pequeña canal longitudinal en la superficie. La tejedora enrosca encima del palito espiras continuas de lana sobre una longitud de veinte a treinta centímetros y las corta atravesadas al pasar un cuchillo por la canal superficial. Con este sencillo procedimiento obtiene numerosos segmentos de hilo de igual longitud en poco tiempo.

El *coliu*, huso de las indígenas, se compone en su forma más sencilla de una varilla giratoria de colihue a la cual se agrega el chinqued, piedra discoidal perforada o tortera de greda de forma parecida para iniciar el hilado. La operación sigue después en buena forma desde que el peso del hilo arrollado es suficiente para entretener un movimiento de rotación prolongado y regular por efecto de cada impulso.

El *aspahue* es otro aparato fabricado con varillas de colihue y usado por las tejedoras para poner en madeja la lana hilada. Se compone de una vara gruesa como el dedo pulgar y de unos sesenta centímetros de largo, perforada a corta distancia de las extremidades y con una varilla del grueso de un lápiz en cada abertura, formando el conjunto dos cruces perpendiculares una para con otra. La tejedora sujeta entre el pulgar y el índice

del pie el huso cargado de hilo, lo devana y lo aplica en forma continua sobre el aspahue hasta conseguir la madeja.

El *comihue*, aguja de colihue para techar, tiene un largo de cuarenta a cincuenta centímetros y un grueso proporcionado para resistir el empuje y la tracción de los trabajadores. Lleva un ojal para introducir y arrastrar la sogá de junco en medio de la quena y sujetarla contra los huimeill o ramas transversales de colihue.

El *kude* es un palo de colihue seco usado como antorcha para alumbrar la ruca de noche. Se lo toma de un metro y medio de largo bien inflamado por una extremidad y se lo implanta por la otra en el techo interior. Si el palo está bien seco ardé lentamente sin apagarse durante cerca de una hora, y produce una llama que alumbra tanto como la de varias velas. El *kude* se acorta durante la combustión y la llama se aproxima al techo combustible al cual podría prender fuego. Se lo sustituye a tiempo por otro para evitar este grave inconveniente, o se lo sujeta contra uno de los horcones centrales. Antes de la introducción de los fósforos, los antiguos araucanos producían el fuego al frotar palos secos de colihue.

El *costihue*, simple palo, figura en todas las rucas como aparato para remover los alimentos en la olla durante el cocimiento. El *tranai* es un palo más grueso que el anterior; sirve para desgranar los porotos, las arvejas y los cereales, descargándole fuertemente sobre un montón de legumbre y espigas maduras.

Del *quipaihue*, gancho resistente amarrado contra el cuicui o contra los horcones, cuelgan las riendas, los lazos y otros arreos.

El *catrem mamell*, segmento de tronco macizo ordinariamente de pellín, llamado choco entre los chilenos, es utilizado para cortar la carne y preparar el charqui.

El *trepuhe*, varilla derecha de treinta a cuarenta centímetros de largo, sirve para golpear los tejidos, los pellejos, los tambores de machi y también los niños indóciles.

El *huitral*, o telar araucano que describí en detalle en el estudio sobre los tejidos araucanos, se compone de un marco rectangular formado por cuatro palos rígidos que se cruzan a ángulo recto. Están sólidamente amarrados en los cruces, con lianas de voqui, cuerdas de junco o tiras de tejido. Los dos palos más largos soportan el peso del telar apoyados por su extremidad gruesa en el suelo y por la otra contra el techo de la ruca. Estos sostenes paralelos son los huicha huichahue. Los dos palos atravesados, uno en la parte superior, otro en la inferior, labrados con cuidado y destinados a recibir el hilo, son los quilvos o colohe.

Algunas varillas importantes completan el telar: los *reñiñelhue* hacia la región media, separan como barras paralelas los hilos de urdimbre. Los *paromtononhue* anexos y paralelos a los *huicha huichahue*, el tonon para levantar los hilos de urdimbre y el ñerehue que comprime los de trama a cada vuelta. Las indicaciones acerca del manejo del telar apun-

tadas en *Los Tejidos Araucanos* me dispensan de hablar nuevamente al respecto.

Para el juego de la chueca, denominado por ellos palín, los indígenas usan el *Weño*, palo encorvado en la extremidad más gruesa, para que pueda pasar, raspando el suelo al dar un golpe, y el pali, bola como la de billar y fabricada de luma, madera muy dura.

Los Domingos y días festivos los mapuches se reúnen en las canchas de chueca situadas en las lomas y planicies incultas, rodeadas de quilas, hualles y canelos. El sonido de la trutruca o el del cuerno anuncia a los jugadores la formación de los bandos. Los atrasados abandonan sus casas y se dirigen rápidamente al emplazamiento señalado. Los límites reglamentarios de la cancha están trazados en el suelo. Es un rectángulo de doscientos metros de largo por diez de ancho. El punto central está señalado por una pequeña cavidad donde colocan la bola. Dos estacas indican las puertas en cada extremidad.

Los dos partidos tienen igual número de jugadores alineados frente a frente con los jefes frente a la bola. Procuran hacer salir la bola por entre las estacas terminales situadas a su lado izquierdo mientras los contrarios se oponen. En medio de una gran gritería, los jefes inician el partido ensayando con sus palos de sacar la bola del hoyo y de enviarla a favor de su lado. Tan luego como sale, los jugadores vecinos le aplican golpes con toda la fuerza de sus robustos brazos y la hacen zumbiar en dirección a una de las puertas. Entonces los partidarios le dan nuevos impulsos y los contrarios la desvían hacia los costados. Si éstos aciertan en desviarla, la colocan de nuevo en el hoyo y los jugadores vuelven a tomar sus posiciones iniciales. Uno de los jefes arranca la bola del hoyo, la levanta por el aire; los buenos jugadores la cogen al vuelo con sus palos y la disparan con fuerza hacia una de las puertas, y todos la siguen a la carrera. Un adversario la alcanza y de un golpe certero la lanza en dirección opuesta. Los jugadores dan media vuelta y la persiguen, unos para detenerla y otros para encaminarla a la puerta. Si consiguen hacerla salir, marcan una raya. Si los de un bando logran cuatro rayas contra cero, o cuatro demás que los adversarios, ganan la partida. Los mapuches de Maquehua, los de Licanco, Llaupeco y Truf Truf suelen apostar un peso cada uno antes del juego.

Hasta el anochecer los dos bandos se entregan con animación para marcar las rayas acordadas y llevarse las apuestas. Cuando los jugadores llegan a veinte por lado parecen molestarse unos a otros. La angostura de la cancha, la precipitación de los participantes, el desprecio de los golpes los hace atropellarse y los expone a recibir heridas graves. Cuando la bola llega con fuerza contra las piernas o la cabeza de un jugador, los otros, lejos de tenerle lástima se ríen de su torpeza. El desgraciado se ríe también y parece sufrir menos del golpe recibido que de las burlas de sus compañeros.

Los araucanos de Villarrica y de las reducciones cordilleranas se

disfrazan y protegen la cara con máscaras de madera en los grandes partidos regionales que celebran periódicamente. Dan el nombre de *collón* a estas máscaras de aspecto terrorífico.

La fabricación del collón, así como la de los artefactos que vienen a continuación, requieren la habilidad de un curioso y el empleo de herramientas apropiadas para excavar y perforar. Las dos principales son el *maichiwe* y el *coipu*.

El *maichiwe*, parecido a una pequeña azuela, consta de un mango de madera, de una lámina de acero y de una correa para unir sólidamente las dos piezas anteriores. El mango, de unos cuarenta centímetros de largo, lleva en la extremidad más gruesa un gancho en cuya cara exterior se aplica la planchita metálica. La lámina de acero carece de ojo para introducir el mango, pero, en cambio, se alarga en uña aplicable contra el gancho aplanado. Se aprietan fuertemente las dos piezas una contra otra sobre un largo de cinco a diez centímetros. La correa une también el gancho con el mango con algunas vueltas apretadas. La hoja metálica puede ser plana y tener el filo rectilíneo o tomar forma semicilíndrica parecida a una *gubia*. Ambas formas de *maichiwe* son necesarias en la confección de objetos cóncavos.

El *coipu* es una lámina de acero puntiaguda, con dos filos cortantes y encorvada en gancho. Los bordes cortantes tienen distinto radio de curvatura, de modo que uno puede excavar vasijas menores y el otro mayores. El curioso ase esta herramienta con la mano en la parte desprovista del hilo y raspa la madera con las curvas cortantes. Tanto los *maichiwe* como los *coipu* se afilan con limas y piedras alargadas.

El *collón* usado por los araucanos de Villarrica y regiones cordilleranas en los solemnes desafíos de chueca, se conserva también en las reducciones del valle central y de la costa como objeto raro y antiguo, bueno solamente para infundir miedo a los niños. Anualmente los indígenas traen algunos ejemplares en depósito a las casas prestamistas de Temuco, los que son arrebatados inmediatamente por los turistas. Son escasos en las reducciones de Maquehua, Truftruf, Licanco y Llaupeco, próximas a Temuco.

He examinado unos veinte collones de distinta procedencia. Todos representan la cara humana con la nariz y las cejas en relieve, las órbitas y la boca perforadas. Los ejemplares con orejas no son comunes. Los hay calvos e imberbes, desprovistos de adorno, mientras otros ostentan una cabellera flotante o erguida, cejas, bigotes y barba fabricados con crines de caballo mantenidas en sus respectivos puestos por pequeñas ataduras y aberturas. Los más lujosos llevan adornos de plata en la frente a modo de trarilonco, cintas envolventes tachonadas de cupulitas brillantes y amplios chahuay pendientes de los costados, a mayor altura que los ojos. Estos ejemplares de moda en las reducciones que los utilizan en los juegos de chueca, son de un precio naturalmente muy superior a los de las formas simples. Una máscara sencilla puede obtenerse en diez

pesos; los collones adornados con bigotes y barba valen el doble y los que traen adornos de plata llegan fácilmente a cien pesos.

La superficie de algunos collones es lisa, raspada con vidrio y frotada con lija, y la de otros es irregular y marcada con tajos. Las aberturas de las órbitas son rectangulares, cuadradas u ovaladas, lo mismo que la boca. Sin embargo, en algunos tipos ésta se presenta arqueada, muy abierta o con los labios apretados. Unos pocos tienen cachimbas de madera anilladas con plata, cuyo tubo de aspiración se ajusta con la abertura bucal.

Al fabricar el collón, el curioso no labra solamente la cara anterior sino también la posterior, para aplicarla cómodamente sobre la del jugador sin aplastarle la nariz. Los puntos de apoyo son especialmente la frente, la barba, los pómulos y la nariz. Las aberturas de las órbitas coinciden con los ojos del enmascarado. De los costados del collón penden pequeñas fajas de tejido, tiras de cuero y simples cordeles que se anudan detrás de la cabeza para sujetarlo. Sólidamente aplicado contra la cara con estas amarras, el jugador atenúa el rozamiento contra la piel en los puntos de contacto y estabiliza las aberturas visuales frente a los ojos.

El collón da a los jugadores de chueca un aspecto fantástico altamente apreciado por los espectadores indígenas.

Durante el juego los collones se ladean siempre un poco a pesar del dispositivo adoptado, los jugadores distinguen imperfectamente la bola y tropiezan con sus partidarios tanto como con sus adversarios, multiplican los saltos, los choques y los atropellos alcanzan fácilmente grandes proporciones.

La *trutruca*, instrumento musical preferido de los araucanos, se compone de una caña hueca de colihue que alcanza a cuatro o cinco metros de largo. La extremidad delgada del tubo, cortada de bisel, sirve de boca y la gruesa se adapta a un cuerno de buey.

Los fabricantes de *trutruca* escogen los hermosos tallos de colihue bien derechos, los dejan secar a la sombra, los remojan después durante algunos días y los parten longitudinalmente en dos mitades iguales.

Con un coipu de reducido radio de curvatura raspan la médula de la caña y acanalan cada mitad dejando intacta la región cortical más dura. El curioso aplica en seguida las dos mitades una contra otra y las ajusta, enrosca alrededor un cordel resistente y tirante dando a la caña su aspecto primitivo. Para impedir todo escape lateral posible de aire y consolidar mejor el tubo, el fabricante le enrosca el intestino delgado de un caballo recién muerto. El intestino lavado forma una envoltura doble y continua que, al secarse, adquiere transparencia, adhiere fuertemente contra la caña y parece formar cuerpo con ella. Quince días después de terminada la *trutruca* puede ser usada para tocar. El instrumento bien hecho se vende en veinte pesos.

El *trutrucatunkamañ*, artista que toca el instrumento, necesita bue

nos pulmones. Para tocar, apoya el cuerno terminal en el suelo, sujeta con ambas manos el extremo delgado de la caña, sopla con fuerza y produce un sonido grave y lúgubre que se oye a mucha distancia. El sonido monótono y triste de la trutruca ameniza todas las asambleas y fiestas araucanas. Si las reuniones son de gran importancia, acuden varios músicos para tocar por turno o al mismo tiempo. Mientras los trutruca-tunkamañ soplan, las venas de la frente se les dilatan, su cara se congestiona y adquiere luego un tinte morado.

Los araucanos de Lanahue tocan trutruca de metal. Una cañería de gas o de agua potable con un cuerno terminal constituyen su aparato. Algunos músicos conservan la cañería derecha mientras otros la enroscan en círculo, lo que permite tocarlas andando, apoyadas en el hombro. El instrumento largo y derecho requiere el estacionamiento mientras se toca, a no ser que un ayudante lleve una extremidad.

Las *pifilcas*, instrumentos musicales de pequeñas dimensiones, tocadas durante los bailes y fiestas araucanas, son tubos cerrados de veinte a cuarenta centímetros de largo, practicados en un pequeño cilindro de madera. El aparato, siempre de aspecto sencillo, se presenta a veces aplastado y con dos lóbulos laterales perforados por los cuales pasa un cordón suspensor. Se hace el tubo quemando la madera con una barra cilíndrica de metal, calentada al rojo. El sonido de la pifilca es parecido al de una flauta. Para tocarla se aplica la abertura al borde del labio inferior, manteniendo con las manos el aparato vertical y se sopla con mayor o menor intensidad según la nota que se quiera producir. Los músicos suelen tocar dos notas intermitentes y acompasadas, la primera aguda y la segunda grave. Estas determinan la cadencia del baile. La pifilca de madera es un instrumento común y barato. Se le puede conseguir por dos o tres pesos en las rucas.

El *cultrun*, tambor de los machi, se compone de una caja sonora de madera y de una membrana vibrante de cuero. La caja sonora, llamada ralicultrum o maukauhe, tiene la forma de un cono truncado de bases circulares, labrado exteriormente con hacha y excavado cuidadosamente al interior con maichiwe, dejando las paredes con igual espesor en toda la periferia. Este cono ahuecado se parece a un gran plato hondo o a una batea de paredes delgadas. La membrana vibrante es una piel de oveja previamente raspada que obtura la abertura de la caja. Se le imprime la tensión conveniente con un sistema de cuerdas entrelazadas sobre los costados. Las tiras de cuero enroscadas y las trenzas de crines de caballo se emplean para este fin. Una manilla de cuero permite sujetar el cultrun por la parte truncada. Las *machi* dibujan, sobre la membrana, con sangre de animales o tintas rojas, signos simbólicos.

Ordinariamente consisten éstos en dos pares de líneas paralelas que se cruzan en el medio, formando ángulos rectos. En los cuadrantes laterales dibujan un anillo del cual irradian ocho motivos decorativos en forma de T. El cultrun tiene un aparato auxiliar indispensable, el *trepucul-*

trunhue o varilla forrada en una de sus extremidades, para golpear la membrana vibrante. El sonido del cultrun se oye desde varios kilómetros de distancia. La resonancia aumenta con el grado de tensión de la membrana y disminuye con el estado higrométrico de las piezas. Cuando se halla húmedo, la machi lo calienta sobre las brasas hasta hacerle recobrar su sonoridad habitual. Lo lava cuidadosamente y lo seca a punto la víspera de las grandes ceremonias.

Algunos machi tienen un tipo de cultrun diferente del anterior y de forma parecida a la del tambor: es el caquelcultrun, compuesto de un tronco cilíndrico excavado interiormente, cuyas aberturas se hallan obturadas una y otra por una piel de oveja o de vaquilla. Se les imprime la tensión necesaria como en el tipo anterior por un sistema de cuerdas laterales entrelazadas y tirantes. Esta forma se toca por ambos lados. Los machi introducen al interior piedrecitas blancas o arvejas que producen una verdadera sonajera al sacudirlas.

La *huasa* usada por algunos machi de Temuco, es una calabacita hueca a la cual han adaptado un mango de madera. En ella también introducen piedrecitas para producir el sonido.

El cultrun y la huasa son instrumentos rituales reservados a los machi. Los usan en las ceremonias de machitun, rehuetun, nguillatun, ñecurehuen y entierros. No los entregan a los profanos durante su vida. Sólo se pueden conseguir ejemplares cuando fallecen los dueños. El valor aproximado de estas interesantes piezas etnológicas es de cien pesos.

Los *rali* son escudillas de madera de forma hemisférica, labradas con esmero por los curiosos; con pequeños maichiwe y coipu. Algunos ejemplares llevan patas cónicas. Por su factura acabada, los rali parecen haber sido fabricados al torno. Los indígenas comen en ellos el mote, la harina tostada y otros alimentos.

Los *ruhe*, parecidos a los rali, tienen el fondo más espeso y plano y sirven para los mismos fines. El *tronko* es una fuente hemisférica de mayores dimensiones que los rali, desprovista de asa y usada para preparar las comidas. Los curiosos venden estos artículos en dos o tres pesos. El *huitri*, llamado en varias reducciones *refuhe*, es un cucharón de mango largo y derecho usado en la preparación del mote para llenar con alimentos líquidos los rali y tronko. El recipiente terminal de los huitri es de forma y capacidad muy variables. Los indígenas compran este artefacto a los curiosos en un peso. Es común en todas las rucas.

Las bateas son recipientes grandes y macizos labrados en troncos de pellín o laurel. Su nombre castellano sin correspondiente araucano indica que fueron imitados de los españoles. Con un tronco de ochenta centímetros a un metro de diámetro, los curiosos fabrican bateas de ciento a ciento cincuenta litros de capacidad. Les dan generalmente la forma de un cono truncado sentado sobre la base menor y excavado desde la mayor hacia la primera. Los contornos exteriores se labran con hacha tomando precauciones para no dar en falso. Reservan en los costados dos asas

salientes y perforadas cuyo largo indica el espesor de la madera desbastada. El interior se labra con maichiwe de grandes dimensiones. El curioso desaloja con golpes certeros la masa de madera central, dejando a las paredes circulares un espesor regular de cinco a diez centímetros. La confección de una batea requiere varios días de constante trabajo. Los mapuches aprecian mucho estas vasijas y las pagan hasta en cuarenta pesos. Las bateas están destinadas a usos múltiples: en ellas se remojan el trigo y el maíz, se deja fermentar el muday, se lava la ropa, se amasa el pan y se conservan las semillas.

Las palanganas de madera usadas en todas las rucas fueron también introducidas por los españoles. Tienen la forma habitual de las fuentes metálicas del mismo nombre. Están provistas de asas rígidas en los extremos. La fabricación de estas vasijas es parecida a la de las bateas. Se las emplea en trabajos similares, especialmente para amasar el pan.

Los *chahuel*, *cajonfel* o baules primitivos, son grandes recipientes de una sola pieza que presentan cierta semejanza con las bateas. Son cilíndricos, sentados sobre su extremidad llena y excavadas por la otra hasta cierta profundidad o son bloques cuadrangulares tendidos en un costado y excavados por el lado opuesto con el maichiwe. Estos cofres pesados sirven para guardar las prendas de ropa, los documentos, los objetos menudos y ocasionalmente las semillas. Los baules modernos son fabricados a modo de cajones con tablas clavadas.

Los barriles no faltan en las rucas, pero no son fabricados por los araucanos. Estos los compran por el pequeño costo, la gran capacidad, y el fácil manejo de tales recipientes. Los utilizan para conservar los cereales.

Los *tranatrapihue* de madera, morteros para la sal y el ají, tienen formas más esbeltas y variadas que los de piedra. Los hay bajos y sencillos labrados en bloques cuadrangulares o en gruesos discos. Se los halla combinados en un mismo bloque con el *catrem* para cortar la carne. En este caso una de las caras está excavada para moler y una o dos de las laterales transformadas en planos de apoyo para cortar la carne y las hierbas alimenticias.

Los mapuches del Budi los tienen columniformes y elevados con asas o mangos y con la cavidad del mortero tachonada de clavos. Los curiosos los labran en troncos cilíndricos de treinta centímetros de diámetro por cincuenta a ochenta de alto. Les dejan una ancha base discoidal de sustentación para asegurar la estabilidad, estrangulan la región media en clepsidra y reservan el asa lateral para unir las dos expansiones terminales. Estos tipos de forma simétrica se venden en diez pesos. Otra variedad común consiste en un tronco cilíndrico terminado en ambas extremidades en discos macizos, uno de sustentación y el otro excavado en copa. El curioso respeta una lengüeta de madera cortical como asa desde el bordo del mortero hasta la región media del pie. Merece una mención la variedad parecida a cacerola compuesta de un grueso disco

excavado en una de sus caras planas y provisto de un mango derecho y cilíndrico.

Los morteros de madera se desgastan rápidamente por el frotamiento del majadero. Para evitar este inconveniente y tener puntos de resistencia los curiosos implantan clavos en la paredes de las cavidades.

Los *huancu*, asientos de una sola pieza llamados también *anutuhe*, figuran junto con los tranatrapihue columniformes entre los muebles más característicos de las viviendas araucanas. Para su fabricación los curiosos transforman gruesos troncos en asientos más o menos elegantes, relativamente livianos y manejables. Se componen de una superficie superior plana o ligeramente cóncava suficiente para sentarse y de patas o costados apoyados en el suelo. Dibujé en Truf Truf un ejemplar para niño, con asiento algo cóncavo prolongado y engrosado en los extremos y sostenido por dos costados longitudinales delgados separados, uno de otro por una distancia máxima al tocar el suelo. El curioso tuvo que acanalizar con maichiwe todo el espacio comprendido entre los dos costados de sostén. El asiento desborda en toda la periferie. Un ejemplar de Maquehua, parecido al anterior, presenta los costados interrumpidos por un vacío central de modo que el asiento descansa sobre cuatro patas planas y oblicuas. De Licanco conseguí una forma de amplio asiento equilibrado sobre dos patas costales con su mayor dimensión en el sentido longitudinal y con un ensanchamiento de apoyo en contacto con el suelo tan largo como la parte superior. Al visitar una ruca de Lumaco examiné otra variedad de forma semicilíndrica. El fabricante partió longitudinalmente el tronco de un hualle (*Nothofagus obliqua*), le sacó el corazón, lo tronchó transversalmente del largo de un asiento, le aplanó la región cortical y le recortó en los costados un arco central. Este huancu vetusto es como una transición entre los troncos en bruto acostados, usados como asientos y los actuales elaborados con madera descortezada. Cerca de Temuco, en la reducción de Llaupeco, hallé un ejemplar con un pie central dilatado hacia arriba en espeso asiento cóncavo y prolongado hacia abajo en masa cónica de apoyo. La reducción de Licanco me ofreció otra forma pequeña de asiento cóncavo con los bordes redondeados apoyados en cuatro patas abiertas y menudas. Es uno de los ejemplares más livianos que he observado.

Los *huancu* tienden a desaparecer con la adopción de las sillas y de los bancos con tablas clavadas. Los ejemplares existentes no son escasos y como estos originales muebles son durables podrán conservarse si no se los destruye intencionalmente. El precio de un huancu fluctúa entre tres y cinco pesos. Los indígenas no los venden fácilmente y los curiosos ya no los fabrican, o por escasez de madera o por el excesivo trabajo que exigen, así como también por los peligros de echarlos a perder con cualquier golpe mal dado cuando están a punto de terminarlos.

Además de los muebles y objetos descritos aparecen otros artefactos de madera en las rucas si no en forma habitual cuando menos ocasional,



Fig 22.—Araucana con la guagua en el cupelhue

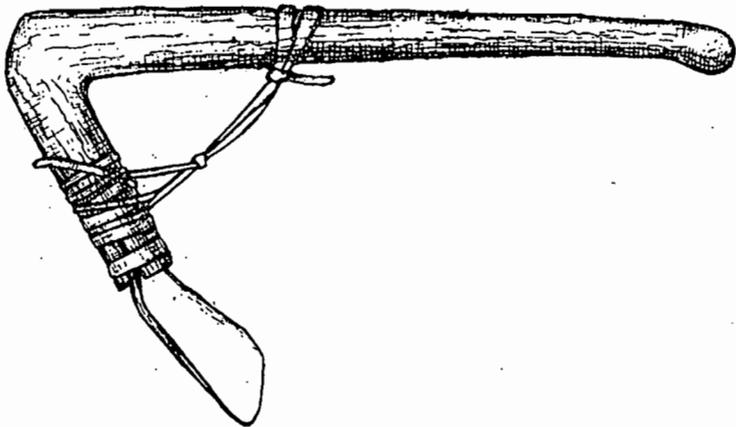


Fig. 23.—El maichihue

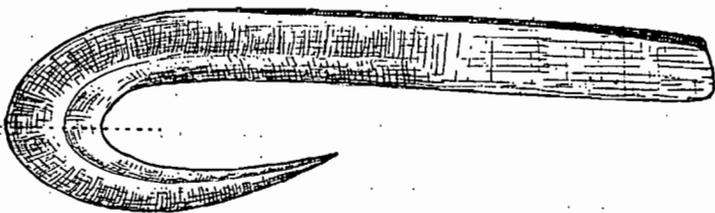
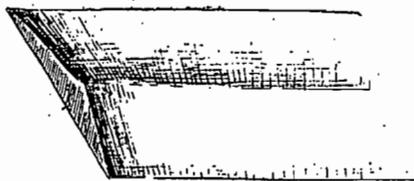


Fig. 24.—El coipu



Fig. 25.—Jugadores de chuëca.

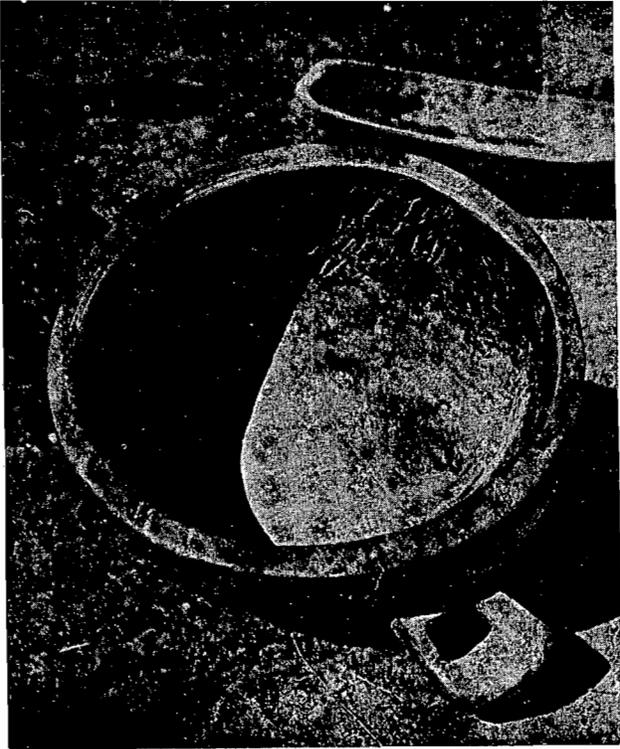


Fig. 26.—Una batea.

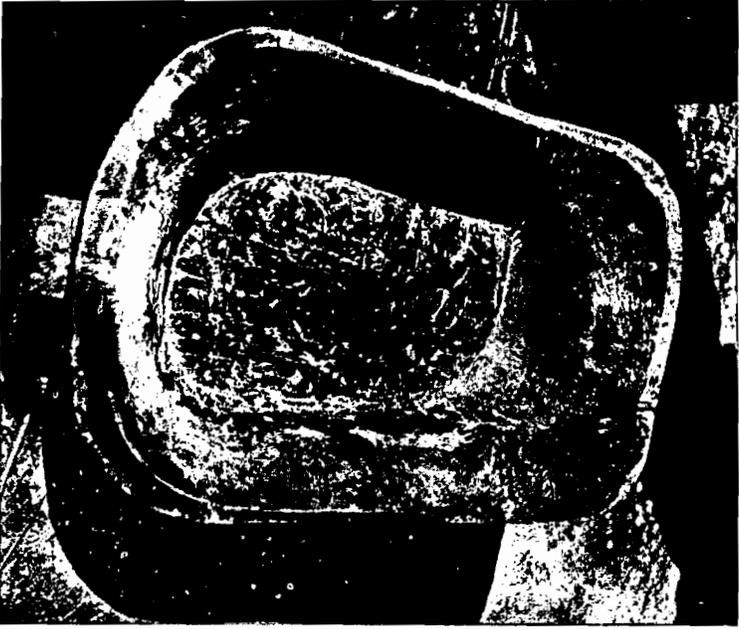


Fig. 27.—Una palangana.

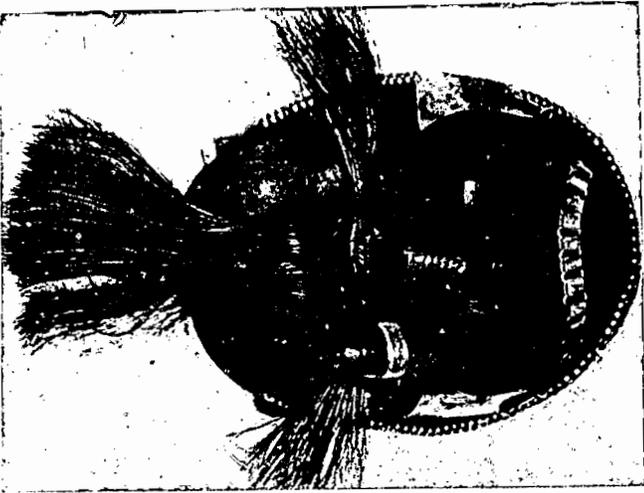


Fig. 28.—Collon con cachimba y lleulllovel.



Fig. 29.—Collón de los araucanos.

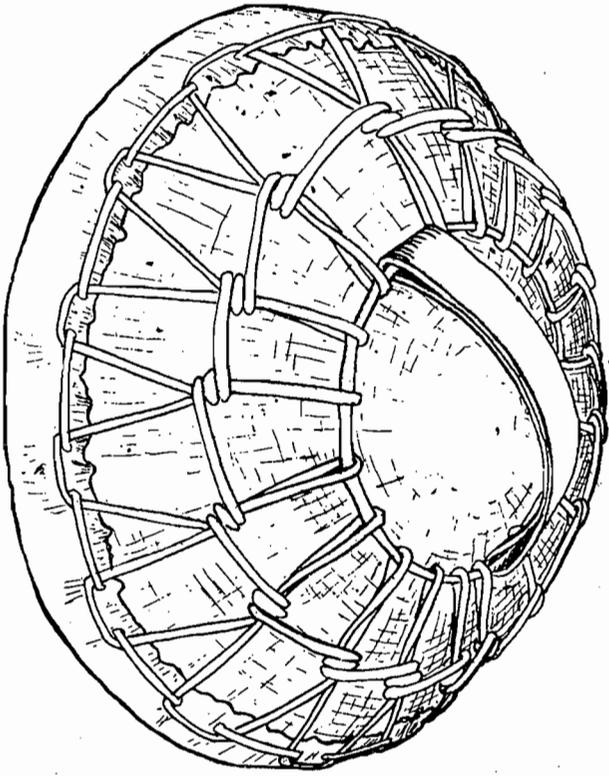


Fig. 30.—El cultrun con sus amarras.

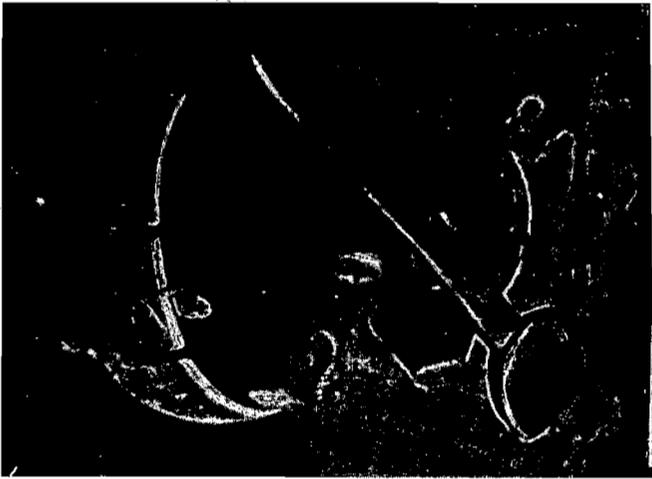


Fig. 31.—Rali y huiltri.

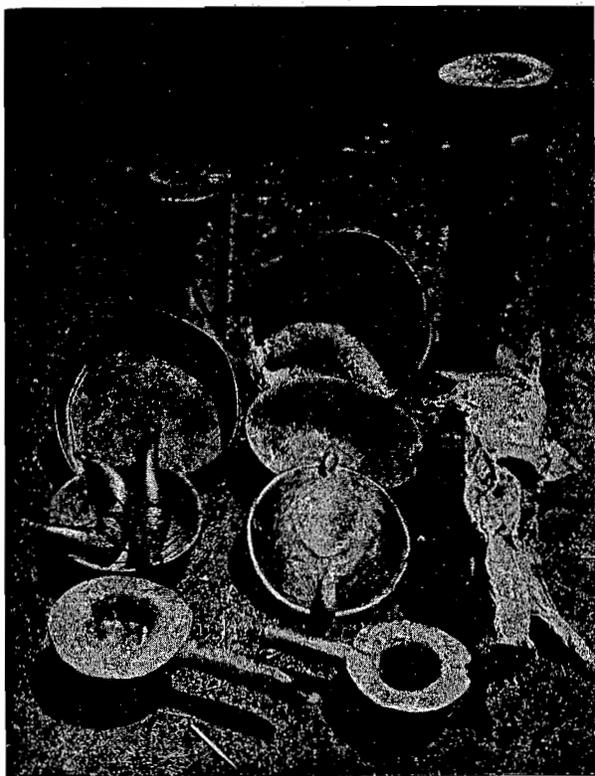


Fig. 32.—Artefactos araucanos.

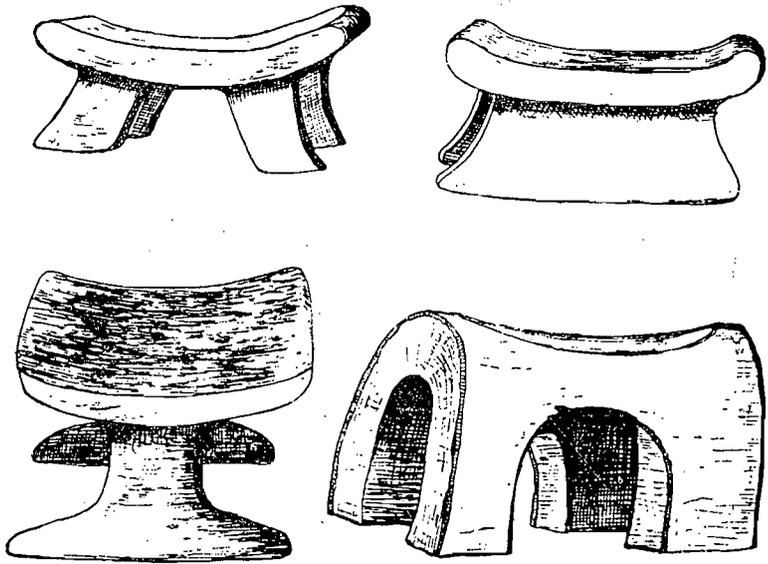


Fig. 33.—Los huancu.

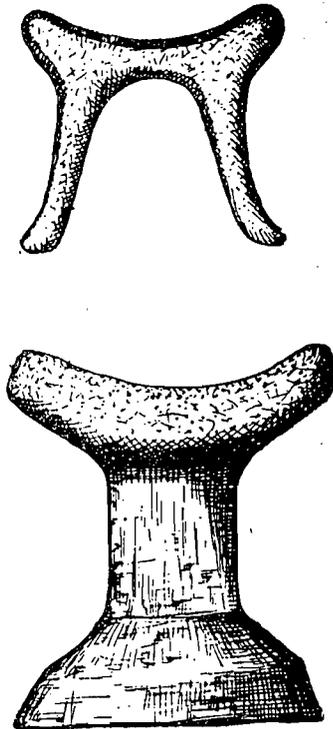


Fig. 34.—Huancu de Llampeco y Licanco.

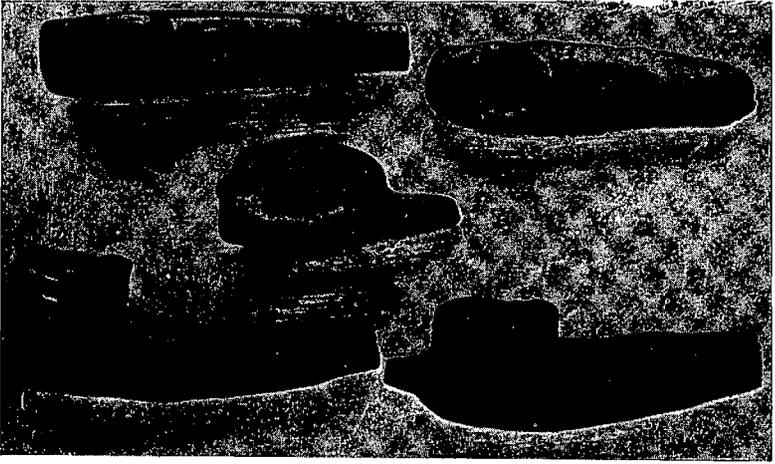


Fig. 35.—Cachimbas de madera y de greda.

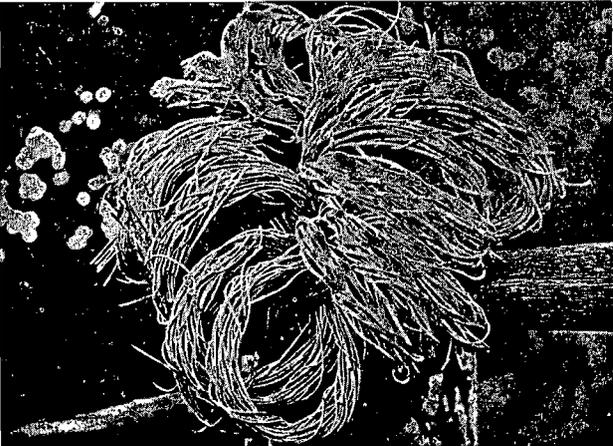


Fig. 36.—Tallos de copihue enrollados.

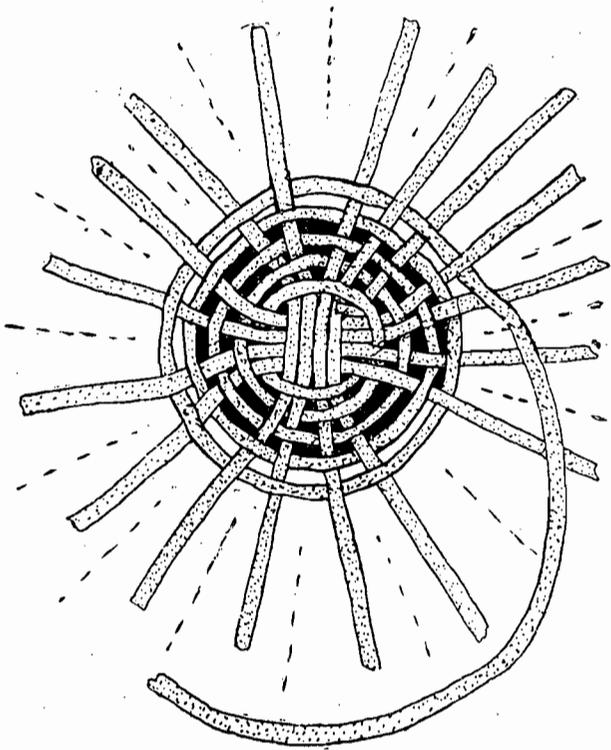


Fig. 36 b).—Técnica del quelco.

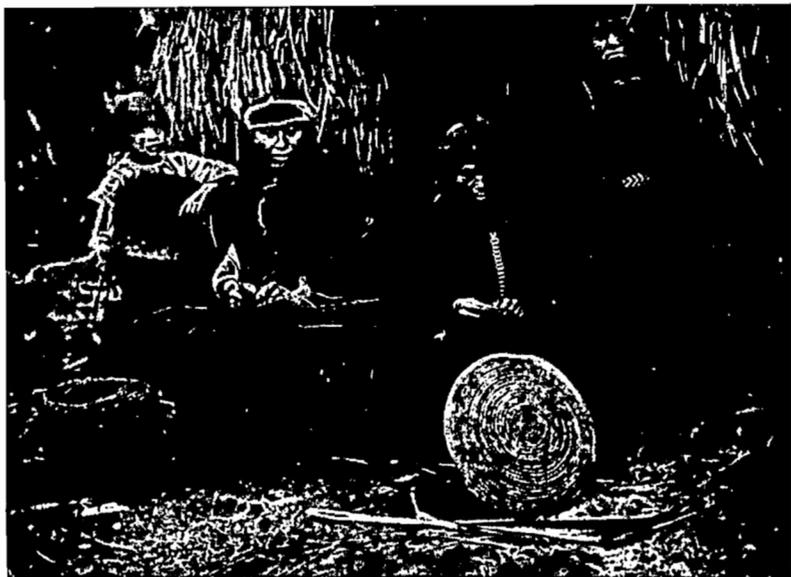


Fig. 37.—Cesteras durante su trabajo.

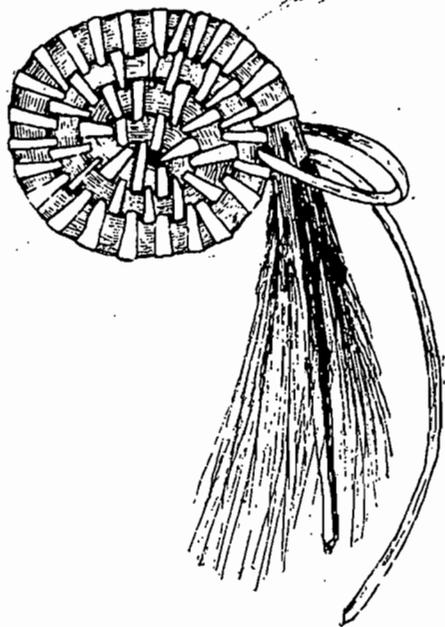


Fig. 38.—Técnica del llepu.



Fig. 39.—Preparando la trenza de ñocha.



Fig. 40.—Araucana pisando al mote.

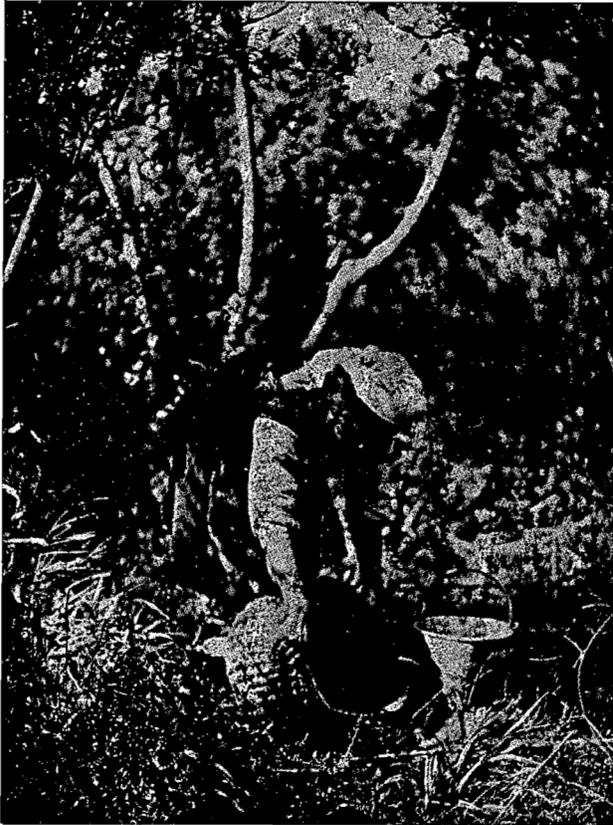
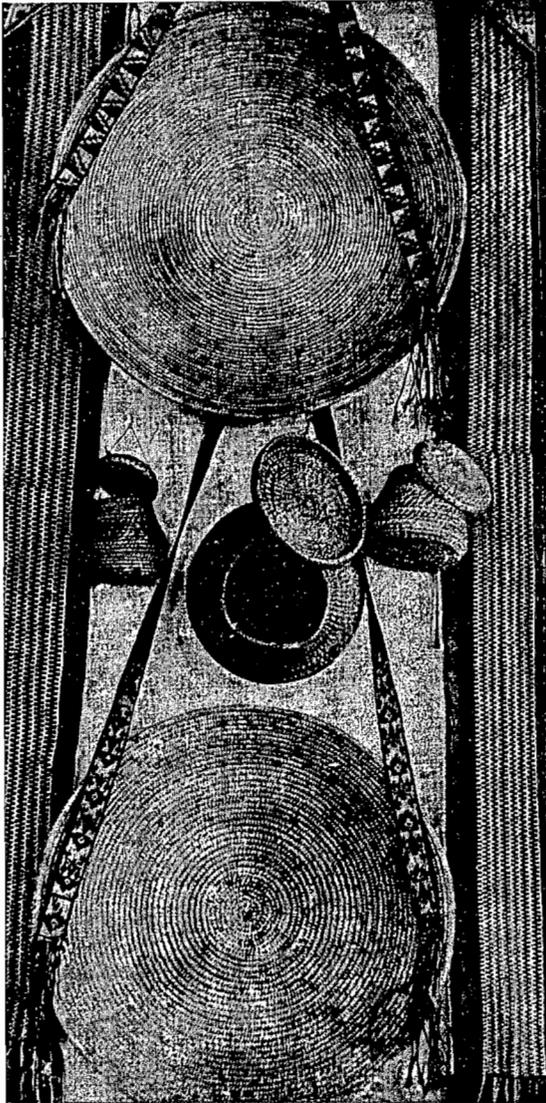


Fig. 41.—El lavado del mote.



F. g. 42.—Llepu y paqueil.

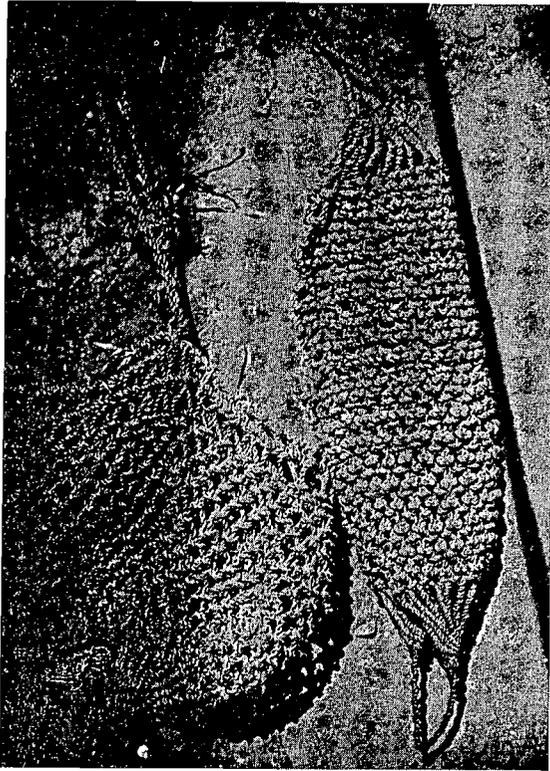


Fig. 43.—Pilua y petrihue.

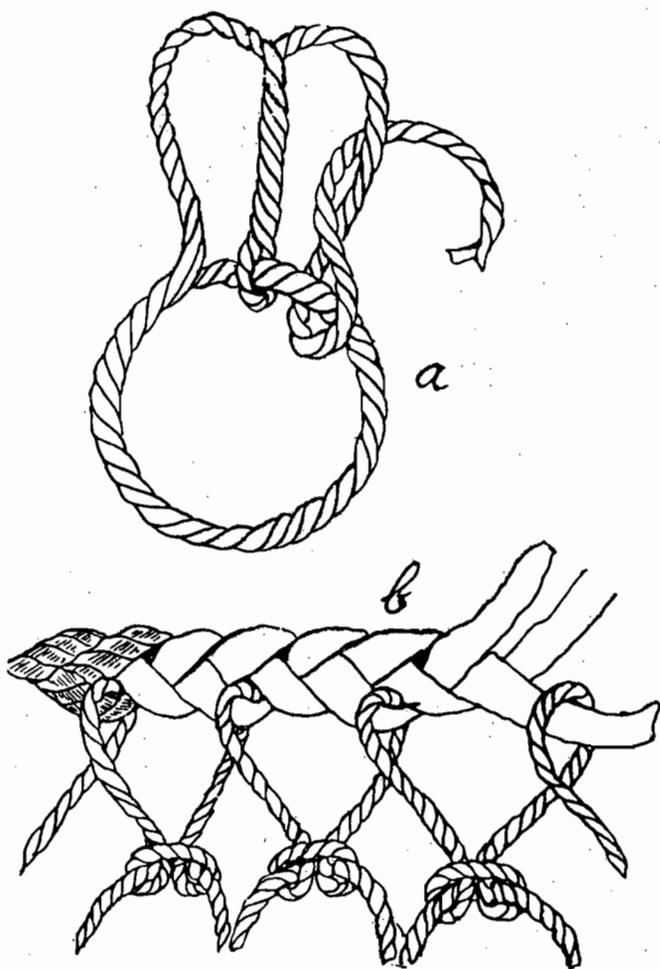


Fig. 44.—Técnica del pilua: a) el fondo; b) trenza superior.

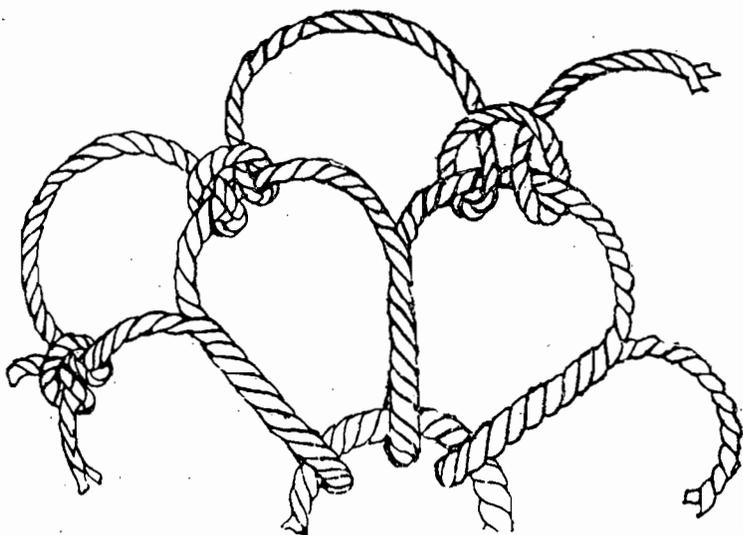


Fig. 45.—Técnica del pilua: las mallas laterales y los enlaces.

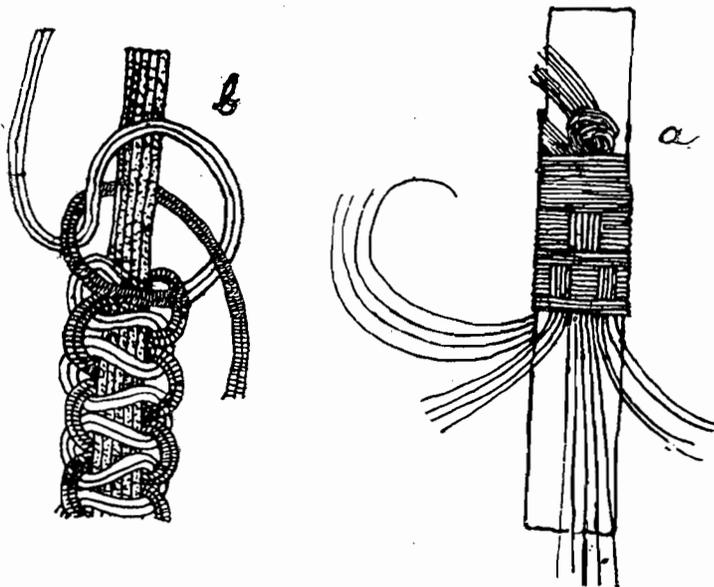


Fig. 46.—Técnica de los artefactos de crin: a) trarikug, b) anillos y cadenas.

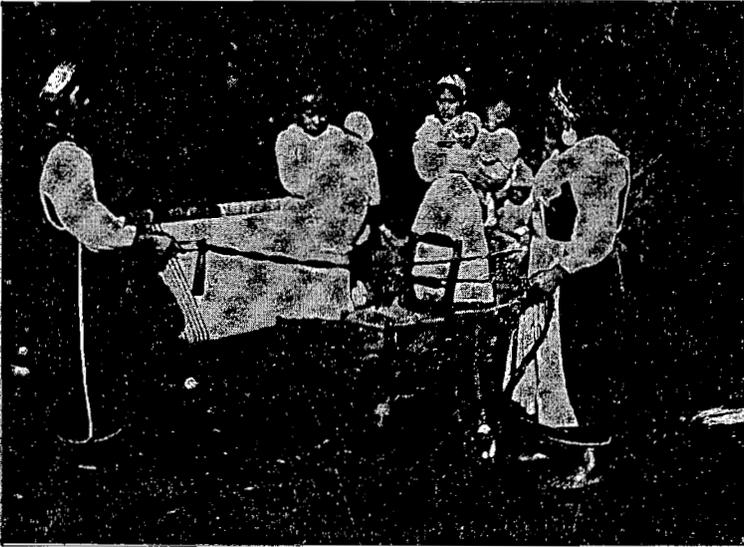


Fig. 47.—Confección de un lazo de crin.



Fig. 48.—Lorenza Leviquen confeccionando un trarikug.

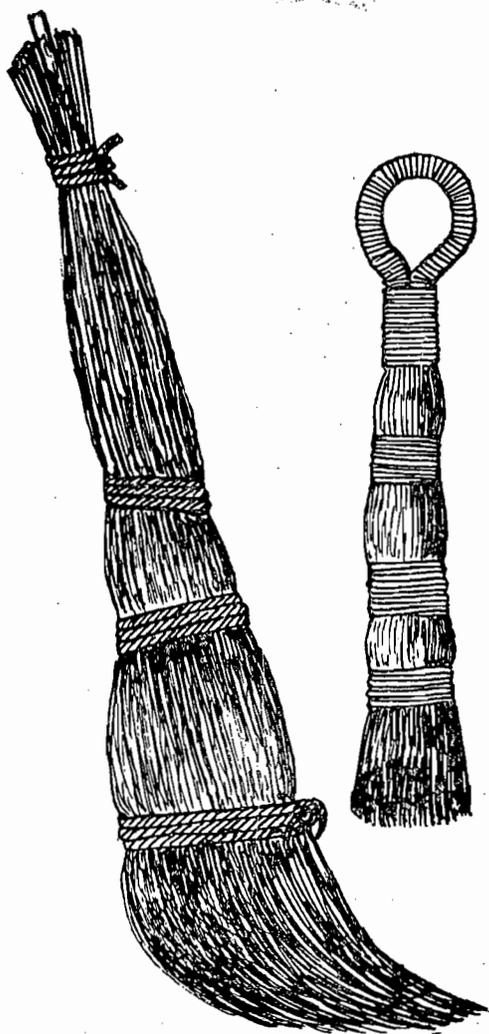


Fig. 49.—Lepüwe y rena.



Fig. 51.—Trontron: el loncovaca.

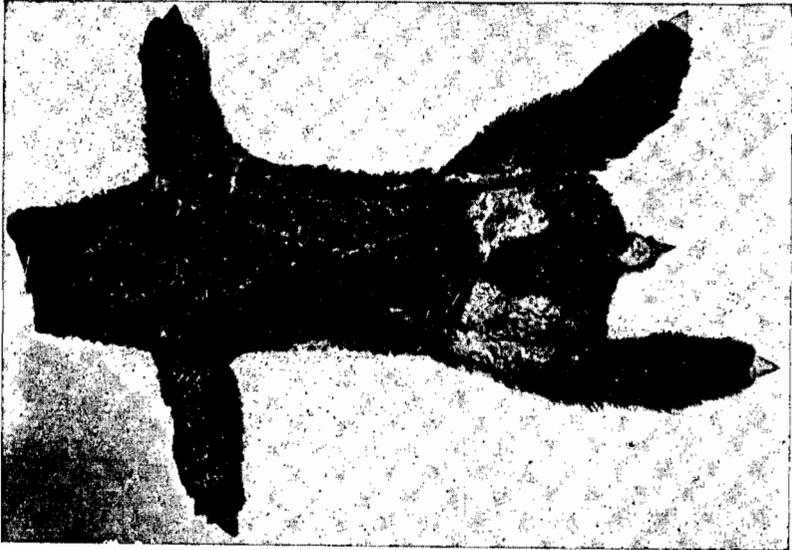


Fig. 50.—El llapan.

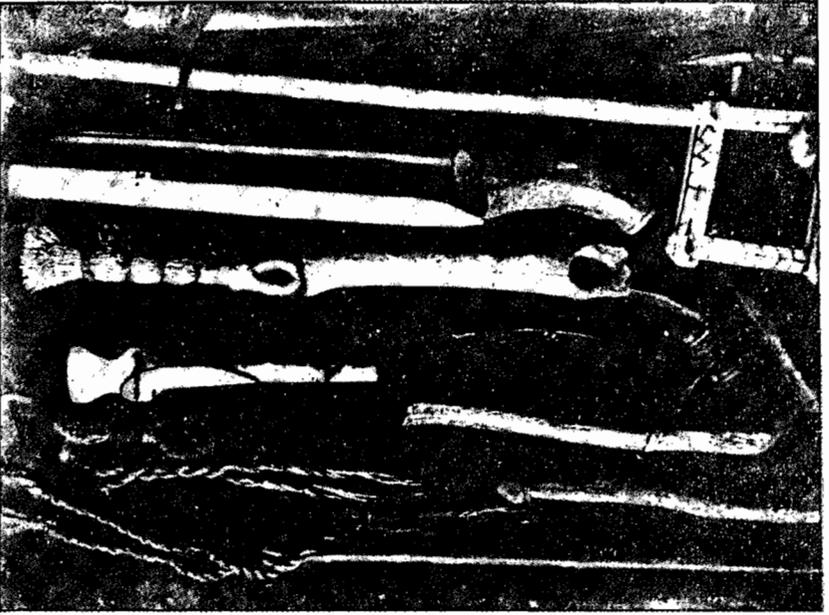


Fig. 52.—Artefactos araucanos,

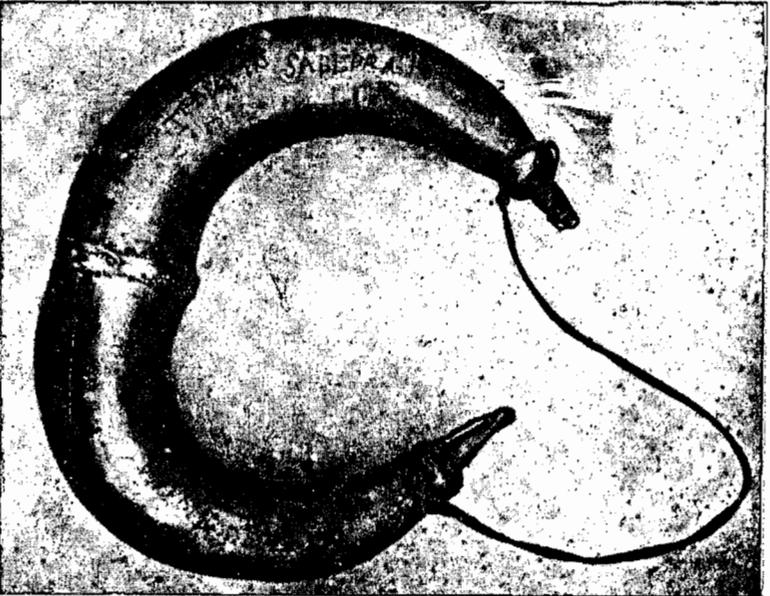


Fig. 53.—El chifle: epuhuaco.



Fig. 54.—El tragal.

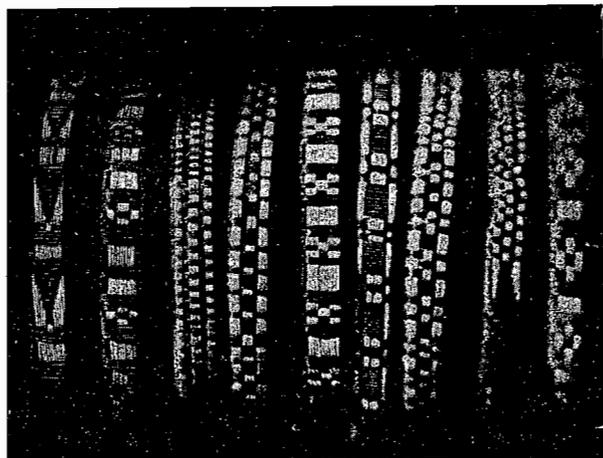


Fig. 55.—Decoraciones de los trariribug e ihuelteug.

tales son los cuchillos de palo llevados por los curiches o acompañantes de las machi, los *kawellu mamell* empleados por los mismos en los bailes rituales, los *rehues* o escaleras de los machi, los *dimuñ*, arados primitivos, los *huampu* y *trolof*, ataúdes macizos labrados en los troncos de pellín, los *chemanlayi*, retratos de los muertos, plantados sobre las sepulturas, llamados *chemamell* o gente de madera en ciertas reducciones, las carretas con sus ruedas de una sola pieza. Estos artefactos han sido descritos en «Las Ceremonias Araucanas» o lo serán al hablar de las sepulturas araucanas y de las faenas del campo.

La cestería

Las mujeres araucanas han alcanzado en la fabricación de artefactos de mimbre y similares un grado de perfección no superado en los otros pueblos. Saben tejer hermosas y finas redes de notable solidez, canastos resistentes y de formas variadas, extensas y compactas, conchas circulares de mimbre que les sirven para aventar el grano. Como materiales emplean los tallos volubles de las plantas enredaderas: el voqui blanco (*Cissus striatus*) y (*Lardizabala biternata*), el coral (*Luzuriaga radicans*), el copihue (*Lapageria rosea*), el chupón o ñocha (*Bromelia sphaelata*) y materiales de relleno: el colihue (*Chusquea cummingii*), el coirón (*Andropogón argenteus* y *Nasella chilensis*), la curagüilla (*Holcus halapensis*), la mostaza (*Sinapis nigra*), la paja de trigo, avena y cereales comunes.

Los artefactos elaborados con estas plantas son los quelcos, chaihue y chine, canastos de técnica parecida, los llepu, paqueil y loño que sólo difieren de forma, los pilua, petrihue, colahue y huilall de estructura semejante, los chalma, llapín y metrel, especies de esteras y los lepiwe y rena, escobas y peines respectivamente.

Los *quelcos* son canastos circulares, casi hemisféricos más o menos hondos. Están fabricados con voqui blanco o con colihue. Las cesteras recogen los tallos volubles, los enrollan, los dejan secarse algunas semanas y los sumergen en agua por pocos días. Se descortezan más fácilmente entonces y adquieren la flexibilidad necesaria para el enlazamiento. Sentadas sobre una estera o un huancu con los rollos de tallos volubles a su alcance inician el quelco por el fondo. Toman cuatro tallos en cada mano, los cruzan y los sujetan así dispuestos entre los dedos mientras con la derecha enroscan otro tallo haciéndolo pasar encima y debajo de los cruzados para enlazarlos. A la segunda vuelta separan los tallos radiales de a dos al enroscar en espiral al de enlace y al pasarlo encima del primer par, debajo del segundo, encima del tercero, debajo del cuarto y así sucesivamente. Los ocho tallos radiales cruzados originan ocho pares a dos centímetros del punto central. Después de los enlaces producidos con una vuelta completa del tallo espiraloide, las cesteras separan los tallos radiales de modo que cada uno constituya un rayo en adelante. Los aislan

uno en pos de otro al dar una vuelta con el tallo dispuesto en espiral. El número de rayos alcanza entonces a diez y seis, al terminar la vuelta con el tallo de enlace.

Sin embargo, se dan cuenta las entendidas que con los rayos en número par el tallo en espiral pasaría a cada vuelta sobre los mismos y debajo de los contiguos o más claramente, sobre los de orden par y debajo de los de orden impar o viceversa. Para evitar este grave inconveniente incluyen un rayo suplementario cuya presencia produce automáticamente la alternación en las vueltas sucesivas. Al dar una vuelta el tallo en espiral pasa por encima de los tallos radiales pares y en la siguiente pasa debajo. Esta condición es necesaria para el enlace firme y la solidez del canasto. La adición del rayo suplementario lleva el número total a diez y siete. Las cesteras enlazan rápidamente éstos sin preocuparse por la correcta alternación.

Con las vueltas del tallo en espiral, el fondo circular del quelco se dilata, los espacios interradales se alargan y el enlace se vuelve flojo. Las cesteras intercalan el tallo radial entre cada par consecutivo de los primitivos y el total asciende a treinta y tres. Prosiguen el enlace en espiral. Los tallos divergen como los rayos de una rueda incluidos en el tejido.

Cuando el fondo alcanza el ancho proyectado, encorvan la sección saliente de los rayos hacia arriba, aumentan la tensión del tallo de enlace y poco a poco se esboza la pared cilíndrica del quelco. La elevan a una altura aproximadamente igual al diámetro, dilatando o reduciendo la sección según la tracción operada con el tallo de enlace. Para terminar, llegadas a la altura requerida, cortan los tallos radiales a unos cinco centímetros arriba del borde superior del tejido y los hacen penetrar en él después de abrazar exteriormente dos espacios interradales, introduciendo su extremidad debajo del tercer rayo situado del lado escogido para doblarlo. El refuerzo producido por las inclusiones radiales en el borde superior se manifiesta por una doble trenza de gran resistencia.

Si al empezar el quelco se cruzan dos grupos de seis tallos radiales, resultan luego doce pares de rayos que, al separarse, forman veinte y cuatro solitarios y uno más con el impar. Los veinte y cuatro suplementarios llevan el total a cuarenta y nueve. En ciertos quelcos los tallos radiales van siempre de a dos. Esta disposición duplica la firmeza de la armazón.

El quelco es un cesto de gran utilidad para las araucanas. Con él se dirigen a la ciudad y a los trabajos del campo. Le amarran a modo de asa una larga trenza de lana, en dos puntos opuestos del borde superior, se la aplican en la frente o en el pecho y llevan el quelco en las espaldas. Con él traen las provisiones del pueblo, las papas y las arvejas de la huerta, las frutas silvestres de las selvas y montañas, los mariscos de los ríos y playas. Por grupos más o menos numerosos se van en fila por los caminos y calles inclinadas con el peso de su carga.

A pesar de estos múltiples destinos, el quelco parece tener otro más exclusivo, y es el lavado del mote. Los araucanos aprecian el mote y lo comen con frecuencia, especialmente cuando tienen invitados o fiestas. Las mujeres van a buscar cenizas al puebló vecino en casas de los amigos y conocidos. No utilizan las de su hogar porque no son limpias. Los perros, los gatos, los pollos tienen libre acceso al kutral, se acuestan muy cerca del fuego y ensucian las cenizas. Los conocidos no rehusan nunca este servicio, pudiéndolo prestar. Con un cedazo harnean las cenizas sobre un cuero de oveja y las recogen sin carbones ni materias extrañas. Ponen la challa al fuego, hacen una lejía con las cenizas, agregan la cantidad de trigo necesaria y llevan la mezcla a ebullición durante cerca de media hora. Entonces vierten el contenido de la challa en el quelco. La lejía se escurre y el trigo henchido y salpicado de ceniza queda retenido. Los mapuches lo cargan luego en hombros, se dirigen al río o al estero vecino, avanzan en el agua de la corriente hasta media pierna, sumergen el cesto hasta el borde y descalzas como de costumbre suben en él para pisar el mote. Marcan el paso lentamente mientras la corriente atraviesa las paredes del quelco y la masa revuelta del trigo. Los granos se pelan por el frotamiento y las livianas membranas corticales llegan a flote. Las pisadoras salen del quelco, revuelven el trigo con las manos, inclinan el canasto y la corriente se lleva las cáscaras flotantes. Revuelven más y suben a flote nuevas películas que son arrastradas de la misma manera. Las mapuches siguen pisando una y otra vez y periódicamente expulsan las cáscaras hasta que la masa esté perfectamente pelada. Al fin se lava el mote en agua limpia y se lo cuece.

A falta de corriente se lava cerca de una fuente trayendo baldes de agua al quelco, se pisa alternativamente. El agua se filtra lentamente por las paredes del quelco algo calafateadas por masas de almidón.

El *chaihue* es una variedad de quelco. El *chihue* es un cesto plano, ligeramente cóncavo igual al fondo de un quelco de grandes dimensiones. Sirve para recolectar frutas, legumbres en pequeña cantidad. No es común en las rucas, salvo en las reducciones del Budi.

El *llepu*, paño circular de tejido compacto, es un artefacto elegante de gran firmeza. Casi siempre es de irreprochable confección. Se compone de un cilindro arrollado en espiral sobre sí mismo, cuyas espiras sucesivas están mantenidas en contacto por múltiples enlaces de fibras vegetales. El cilindro se compone de una varita flexible de colihue forrada de tallos menudos de una gramínea resistente. El material de enlace se extrae de las hojas de ñocha (*Bromelia sphaecelata*), planta común en toda la Araucanía. Tanto el material de relleno como el enlace necesita cierta preparación.

La varilla central de colihue, nervio resistente del cilindro ha de ser seca, extraída de la región cortical del tallo. Basta partir longitudinalmente un tallo seco en cuatro, remojar las varillas, raspar la médula y dejar la capa cortical con un espesor de algunos milímetros. Un manojo

de coirón seco la rodea. Se cortan las hojas de ñocha, se las deja secar, se las sumerge en agua un día o dos antes de usarlas.

Con un cuchillo se desprende en tiras la región cortical inferior de las hojas. Se las obtiene de un metro de largo más o menos y de un centímetro de ancho. Estas tiras fibrosas son muy flexibles y resistentes.

Con materiales verdes se puede también confeccionar llepu de menor resistencia. Se los reconoce por los enlaces flojos de las tiras de ñocha que resultan grandes después de la desecación de los tallos de relleno. Las tiras corticales de ñocha son quebradizas cuando verdes, de ahí la necesidad de rasparlas cuidadosamente para utilizar sólo la capa fibrosa.

Las fabricantes trabajan sentadas, rodeadas de los materiales necesarios. Toman una varilla flexible de colihue, la rodean con coirón, enrollan en espiral la tira de ñocha para formar un corto cilindro grueso como el dedo meñique. Arquean este cilindro hasta cerrarlo en diminuto anillo. punto de partida de la espiral continua. Las espiras se mantienen contiguas y estrechamente unidas envolviendo el cilindro de relleno en formación con la tira de ñocha y haciendo penetrar ésta en la espira anterior entre dos enlaces sucesivos. Se practica la abertura con ayuda de un punzón. Se introduce por ella la tira de ñocha, se ejerce una fuerte tracción y el cilindro se encorva uniformemente en espiral. El llepu terminado se compone de unas cuarenta espiras perfectamente amoldadas unas contra otras con una leve curvatura ascendente hacia la periferia. La fabricación del llepu es una obra de paciencia tanto como de arte. No se necesitan menos de dos semanas de trabajo para hacer uno. Es uno de los artículos más caros de las rucas. Los mapuches los venden en veinticinco pesos.

Los llepu sirven para limpiar el trigo, el maíz, la cebada y las arvejas y las semillas en general. Cargado de semillas, los mapuches lo toman con ambas manos por los bordes opuestos y lanzan aquellas hacia arriba en una corriente de aire. El viento se lleva el polvo, las pajas livianas, mientras el grano y las piedras recaen en el aparato. Retiran estas últimas una por una al esparcir los granos en capas delgadas por la superficie del llepu. Si el viento hace falta, el operario lo fabrica y sopla con fuerza al levantar las semillas para despedir las livianas impurezas.

Los *paqueil* son hermosos canastitos en forma de cono circular truncado, trenzados como llepu y cerrados con una tapa circular de borde envolvente. Se les llama también *loñho* en varias reducciones. Sirven para guardar los huevos de gallina, los adornos de plata de las mujeres, las cintas y los objetos menudos. No son comunes en las rucas. Las araucanas los aprecian mucho y los ceden solamente cuando se les ofrece más de lo que valen. Su valor habitual es de quince a veinte pesos.

Los *pilua*, hermosas y finas redes hemisféricas de mallas romboidales, se hallan localizadas en las reducciones de la costa donde casi todas las mujeres las saben fabricar. Los tejen con tiras trenzadas de ñocha. Las hojas secas de esta planta, tratadas con el agua, se dividen en tiras más largas que para la fabricación de los llepu. Las indígenas toman unas

pocas, las anudan en torno del dedo pulgar del pie, las dividen en dos porciones iguales y tuercen cada una al frotarlas sobre la rodilla con la palma de la mano. La mano derecha sobre la rodilla del mismo lado yendo hacia afuera, mientras la izquierda ejecuta un movimiento simétrico. Los manojos de fibras se tuercen ligero y basta aproximarlos para que se trenzen automáticamente.

Se empieza el pilua por el fondo, trenzando un anillo. A punto de cerrar éste, se lleva la trenza en derivación y se hace una malla lateral en forma de arco, cuyo pie se fortifica trenzándola sobre sí misma para producir un segundo arco y después un tercero hasta rodear el anillo central de mallas arqueadas. El último arco termina contiguo al primero y ambos tienen un pie común. La tejedora inicia otra serie circular de mallas arqueadas enlazadas con las anteriores. Del vértice del último arco radial, la trenza describe otro arco menor que se anuda en el vértice del siguiente. El enlace doble y corredizo se estrecha más y más con la carga del pilua. Los arcos y los enlaces se hacen sucesivamente en los vértices de los arcos de la serie anterior ampliándolos lo conveniente para dilatar la red y darle la forma esferoidal. Las series de arcos concéntricos varían de veinte a treinta en pilua ordinarios. Los arcos de la serie superior son más prolongados.

La cestería los incluye en un borde trenzado de tres hebras torciéndolas en forma de 8. La trenza prolongada fuera del tejido y anudada en el borde opuesto, hace oficio de asa. El tejido de algunos piluas presenta variante de poca importancia. Las dimensiones de estas redes son en extremo variables. Los hay que sólo tienen cabida para una naranja mientras otras pueden contener un centenar. Los bañistas y veraneantes de Quidico y Tirúa suelen comprarlos como curiosidades y usarlos para llevar los trajes de baño y los juguetes de los niños. En cuanto a los mapuches, los usan para llevar objetos livianos, guardar frutas y accidentalmente para colar papas. El pilua de mediana capacidad se vende en tres pesos.

Los *petrihue* y *colahue* son redes simétricas alargadas, fusiformes y de un aspecto general que recuerda una hamaca. En cada extremidad tienen un anillo trenzado del cual parten arcos radiales alargados y dirigidos con una divergencia hacia la expansión central del aparato. Salvo la forma general, la estructura y la técnica de las mallas de los *petrihue* y *colahue* son idénticas a las de los pilua. Son artefactos locales como éstos. Se los emplea para colar las papas, filtrar algunos alimentos y estrujar determinados productos. No son tan comunes como la pilua.

El *huilall* es un bozal para terneros, de forma cilindro cónica, adecuada para amoldarse sobre el hocico de los terneros. Se lo ponen mientras ordeñan las vacas. Las mallas y los nudos del *huilall* son idénticos a los del pilua, pero las trenzas son mucho más gruesas. Una vez adaptado al hocico del ternero, se lo amarran encima de la cabeza con una sogá especial.

El *chihue* es una red circular y ovalada suspendida del techo de la

ruca en posición horizontal. Se compone de un arco de madera y de un tejido flojo de sogas de junco o de cáñamo. Este aparato sirve para guardar objetos livianos y en ciertos casos para soportar las gallinas de noche.

El *chalma* es una estera de forma rectangular usada en Lanalhue para sentarse y confeccionada de totora. El tejido apretado e ingeniosamente entrelazado denota una técnica algo complicada.

Los *llapín* o *tripín* son esteras de paja tendidas en las camas como colchón. Se las fabrica después de la cosecha con tallos escogidos de trigo. Se los dispone paralelos en capas de a diez a quince centímetros de espesor, mitad con la región basal de un lado y la otra mitad del otro para que tenga igual espesor. Se amarran con sogas de junco paralelamente a las dos extremidades. Un par de sogas amarran manojos gruesos como el brazo; se cruzan alternativamente debajo y encima de ellos y se obtiene una estera de unos dos metros de largo, fácil de arrollar y extender, de bastante firmeza para durar un año en servicio diario. Los bordes están cortados con tijera.

El *metrel* de paja consiste en una porción de llapín arrollada en cilindro y amarrada en esta posición. Sirve como almohada en la mayoría de las rucas en lugar de los antiguos troncos.

Los *renas*, peines de los araucanos, son escobillas cilíndricas, alargadas y rígidas, ordinariamente provistas de un anillo de suspensión. Los mapuches los fabrican con las inflorescencias de curagüilla (*Holcus halapensis*), utilizadas también en la confección de escobas.

Las traen de Argentina y las amarran en la forma indicada, con hilos de lana a distinta altura y envuelven completamente el anillo. La extremidad tiesa empleada para peinar se va gastando poco a poco. Se sacan entonces una después de otra las amarras del cilindro y el peine aparece como nuevo. Con este sistema de desgaste lento el peine resulta duradero. Es un artefacto común en las rucas pero difícil de conseguir. Las dueñas no lo venden por el temor de entregar al mismo tiempo algunos de sus cabellos enredados en las ramitas. El comprador podría hacer mal uso de estas escobillas y provocar a distancia intensos dolores de cabeza a las vendedoras.

Si alguna vez se deciden a cederlos por un buen precio, sacan con cuidado todos los cabellos visibles. El rena es un artículo escaso en las colecciones etnológicas y de un valor subido. Entre los mapuches cuesta de dos a cinco pesos mientras que un anticuario lo vende de ochenta a cien pesos.

El *lepüwe* es una escoba sencilla compuesta de una rama de colihue central, rodeada con tallos de mostaza o de otras plantas muy ramificadas. Los tallos herbáceos están reunidos en haz, rodeando al colihue más tieso y resistente y las ramificaciones forman la masa terminal flexible para barrer. Con una sogas de junco se amarra el haz a distinta altura y se deja la escoba a punto para barrer.

Artefactos de cuero, cuerno y hueso

Los araucanos aprovechan ingeniosamente la piel de los animales y órganos internos para confeccionar recipientes y sacos de forma parecida a las regiones utilizadas del cuerpo. Fabrican, además, con el cuero, aparatos de forma diversa.

Los *ñillawaca* son pequeños recipientes fabricados con las ubres de las vacas. Los entendidos desprenden la piel con cuidado, la dejan secar y le conservan la forma de ubre con los cuatro pezones vacíos y tiesos. Arquean en círculo una varilla flexible y la cosen con el borde superior del recipiente para mantenerlo abierto. Estos saquitos de piel sirven para guardar la sal, el azúcar, el café y ciertos objetos menudos.

Las bolsas de piel que conservan la forma de los órganos se denominan en general *tron tron*, y se las distingue unas de otras con nombres específicos. La piel de la cabeza de los caballos, de los bueyes, de los terneros sirve para formar los *loncokawello* y *loncowaca*.

Dejan las orejas como adornos y unen los bordes de las aberturas bucales nasales y visuales. Adaptan un arco de madera a la abertura del saco como en los *ñillawaca*.

La piel de los muslos de caballo y de buey sirve para tron tron cónicos de grandes dimensiones. La piel de los testículos de los toros se utiliza en la misma forma para la confección de bolsitas llamadas *trawacuañ*.

El *llafan* o *son* es una piel de oveja degollada, cuyos órganos internos se han extraído del cuerpo con cuidado por la abertura del cuello. Extraen todos los huesos, incluso los de las extremidades, conservando al cuero la forma del animal vivo. Dejan secar la piel, le adaptan y amarran tarugos a las pequeñas aberturas de las patas y de la cola y se sirven del pellejo como de un saco para guardar harina, semillas y diversos objetos.

El *llapac* es una bolsa parecida a la anterior, pero más grande y con el pelo raspado.

El *tracal* es la piel de un buey, adaptada a cuatro palos gruesos cruzados en posición cuadrangular. El centro cae formando una amplia bolsa aprovechada para la fermentación del muday y conservación del trigo. Algunos ejemplares de *tracal* son fabricados con dos pieles unidas por una costura apretada. El *tracal* tiene que apoyarse en cuatro postes plantados en el suelo.

El *tralque* es la piel extendida y seca de un animal dispuesta para recortar lazos y ojotas. Se llama también *tralque* a los pellejos que sirven de esteras, de asientos.

El *refün* es un saco de forma ordinaria fabricado con el cuero de un animal y destinado a guardar semillas.

Entre los órganos internos del animal se aprovecha el estómago de los rumiantes, especialmente la panza y la transforman en un saco

de la misma forma, usado para conservar el merquen, mezcla de grasa, de sal y ají.

El *pafetcoi* es una vejiga de caballo o de buey a la que se adapta un cuello de botella firmemente amarrado y que tapan con corcho o un tubo de cuerno que puede obturarse fácilmente. Los pafetcoi tienen una capacidad de cuatro a cinco litros. Se utilizan para llevar la chicha y el muday, en lugar de damajuanas.

Las entrañas del caballo son muy apreciadas para forrar la caña de la trutruca.

En ciertas reducciones amasan la leche y fabrican mantequilla sacudiendo un odre de cuero llamado *wenka*.

La *tcheda* llamada también *chinu* y *chinidwe* y *teza* es un cedazo circular con bordes de madera y fondo de cuero acribillado de aberturitas. Los curiosos preparan con hacha una tablita delgada de un metro de largo por diez a quince centímetros de ancho, la sumergen en agua durante algunos días, para hacerla más flexible y le imprimen una forma más o menos circular. Sobreponen las dos extremidades y las perforan con lezna y por las aberturas las unen sólidamente con una costura. Perforan también la periferia y la aplican bien tendida para obturar el fondo. La cosen en la pared circular con un hilo resistente. Perforan la piel con agujas de plata, con punzones de metal o con pequeñas leznas y algunas veces con espinas de cactus. La *tcheda* sirve para harnear la harina.

El *donoll* y *trecum* son simples pellejos destinados a recibir la harina debajo de la piedra de moler.

El *chifle* o *epuhuaco*, es un aparato formado por dos cuernos de vacunos vaciados y unidos por la base, cuyas cavidades están separadas por un tabique. Los cazadores emplean una de ellas para guardar la pólvora y la otra para las municiones.

Los araucanos han adoptado este dispositivo con los más hermosos cuernos de los bueyes. Los vacian con cuidado, les truncan la punta y los hacen rematar en pequeñas borlas redondeadas que perforan en seguida con una abertura cilíndrica. Una tapa de cuero perfectamente ajustada la cierra.

La base de los cuernos se enfrenta sobre un disco de madera que sirve de tabique, división y apoyo para clavarlos. Una lámina de metal encurvada en forma de anillo los comprime exteriormente.

Un par de cachos así unidos toma la forma de un arco elegante de un metro de largo cuyos extremos terminan en las borlas.

La circunferencia máxima llega en los grandes ejemplares a ochenta centímetros y la capacidad es de dos litros en los mismos. Se lo cuelgan del hombro con un cordón de cuero atado debajo de las borlas. Es un aparato liviano y cómodo para guardar refrescos en verano.

El *cuilcull* es un cacho de buey cortado de bisel en la punta y utilizado por los araucanos como cuerno de alarma.

El mismo nombre dan al cuerno truncado y transformado en vaso adaptándole un fondo circular del mismo material o de madera.

Los huesos no tienen actualmente muchas aplicaciones para la fabricación de artefactos araucanos.

Los *tranayene* o mandíbulas de ballena son aprovechados para fabricar *ñerehue*, aparato largo, plano y fusiforme con que las tejedoras aprietan el tejido. Los huesos metacarpianos del caballo sirven a los plateros de la costa como molde para la confección de cúpulas de plata. Los huesos largos de los caballos y bueyes se usan también accidentalmente como mangos de rebenques y como estribos. Se los perfora en una extremidad para introducir el látigo o el dedo grueso de los pies.

Las crines son de mayor utilidad. Se las emplea para la confección de los *huesque*, lazos muy apreciados por los indígenas. Las crines se tuercen con la taravilla, aparato giratorio de madera y que parece haber sido introducido por los españoles.

La taravilla de los araucanos se compone de una masa triangular de madera perforada excéntricamente y que puede girar alrededor de un eje, imprimiéndole al mango movimiento de oscilación circular. La masa remata en una punta ganchuda donde se amarra la crin y tiene por el lado opuesto el bloque principal de madera con el centro de gravedad. A consecuencia de la inercia y del movimiento de rotación, las tiras de crin son arrastradas y torcidas rápidamente. La torsión exige el concurso de dos personas: una que dé vuelta paralelamente a la taravilla y la otra que ordene la crin y la sujete para que la operación resulte continua y el hilo de igual grueso.

Los araucanos de Purén fabrican con la crin los *trarikug*, hermosos brazales decorados, los *ihuelkug*, anillos para los dedos y vistosas cadenas multicolores usadas como collares.

Vicente Leviqueu, indígena muy inteligente ya fallecido, pasa por haber fabricado el primero de los artefactos de crin entre los araucanos. Lorenza Leviqueu, su hija, de unos cincuenta años de edad, radicada cerca de Purén, tiene gran habilidad para confeccionarlos. Al verla trabajar he podido estudiar la técnica de estos adornos.

Los *trarikug* se componen de un gran anillo de madera revestido con la combinación de crines. La mapuche prepara previamente la armazón interna, busca tallos secos de colihue, los pone a remojar en agua durante algunos días y les saca delgadas tiras verticales de 50 a 60 centímetros de largo por un centímetro de ancho. Las raspa interiormente hasta reducir las al espesor de una hoja de papel, las arrolla en anillo de sección conveniente para introducir la mano. Algunas porciones de crines blancas son sometidas también a una preparación previa. La mapuche los tiñe de diferentes colores con plantas tintóreas o con anilina.

Para la confección de los *trarikug* emplea generalmente crines negras y blancas: las primeras para forrar y las segundas para dibujar. Cuenta

el número de crines blancas necesarias para formar las figuras geométricas que se propone realizar, las anuda en una extremidad y las aplica longitudinalmente sobre el anillo de madera, contiguas y paralelas unas para con otras. Por otra parte, toma tres o cuatro crines negras y las arrolla transversalmente, contiguas y paralelas en torno, cubriendo una porción de la pared del anillo y comprimiendo encima las crines blancas. Después de dar dos o tres vueltas equivalentes al ancho de doce crines contiguas, la fabricante separa las crines blancas en tres grupos: uno central y dos laterales. Levanta las centrales, deja aplicadas las laterales y sigue arrollando las negras que ocultan a las laterales.

Reune éstas con las centrales y mediante una vuelta de las negras las encubre todas. Levanta entonces los dos grupos laterales y deja el central en contacto con el anillo, las tapa con las envolventes mientras las otras permanecen flotantes. Nuevamente aplica todas las blancas contra el anillo y las oculta con una vuelta de las negras. De este modo oculta a voluntad parte de las crines blancas y les hace dibujar cuadrados, rectángulos, cruces, escaleras simétricas y otras combinaciones que se destacan perfectamente sobre el fondo negro. Emplea con frecuencia las crines teñidas de rosado, amarillo, verde y violado y obtiene con ellas notables efectos artísticos.

Para seleccionar las crines dibujantes y sujetarlas en su respectivo puesto, la Lorenza se vale de las dos manos, y de la boca. Con esta recibe las crines envolventes a cada vuelta, mientras con aquéllas prepara la combinación.

La confección de un *trarikug* dura cerca de una hora. Turistas norteamericanos de paso por Purén llevaron toda la producción de brazaletes, anillos y cadenas hace algunos años, lo que hizo subir los precios a tres pesos, sesenta centavos y siete respectivamente. Actualmente un *trarikug* se vende en un peso, un anillo en veinte centavos, y una cadena o collar en dos o tres pesos.

La técnica de los *ihuelkuq* es parecida a la de los *trarikug*. Tienen los mismos dibujos y los mismos colores, así que sólo difieren por el tamaño. El interior contiene también un pequeño aro de madera como armazón.

Una variedad de *ihuelkuq* y las mallas de las cadenas tienen técnica propia. La araucana toma una varilla cilíndrica de madera gruesa como el dedo, la acanala longitudinalmente en la superficie y arrolla encima en forma de anillo dos o tres crines negras hasta obtener el grueso de doce a veinte reunidas. Por otra parte, enhebra una aguja con tres o cuatro crines blancas. Ambas clases se entrelazan en los costados con dos anillos formando nudos y crestas. Las blancas producen sinuosidades en la región superior, mientras las negras las producen en la inferior. Los dibujos son iguales por ambos lados. El enlace algo complicado está representado en el dibujo anexo.

La confección de un anillo puede hacerse en diez minutos estando los materiales preparados. En la confección de cadenas alternan con frecuencia anillos enteramente blancos con otros negros, o de diversos colores. Los fabricantes de artefactos de crines que se entregan a su labor durante largos períodos padecen luego de los ojos, de la cintura y de los pulmones. Además se cortan fácilmente la yema de los dedos y la lengua con las crines.

A los artefactos mencionados se debiera agregar los de plata y los tejidos que forman en las rucas las prendas más variadas y valiosas, pero en publicaciones anteriores, «La platería araucana» y «Los tejidos araucanos», dí a conocer la técnica de estas artes y las principales producciones.